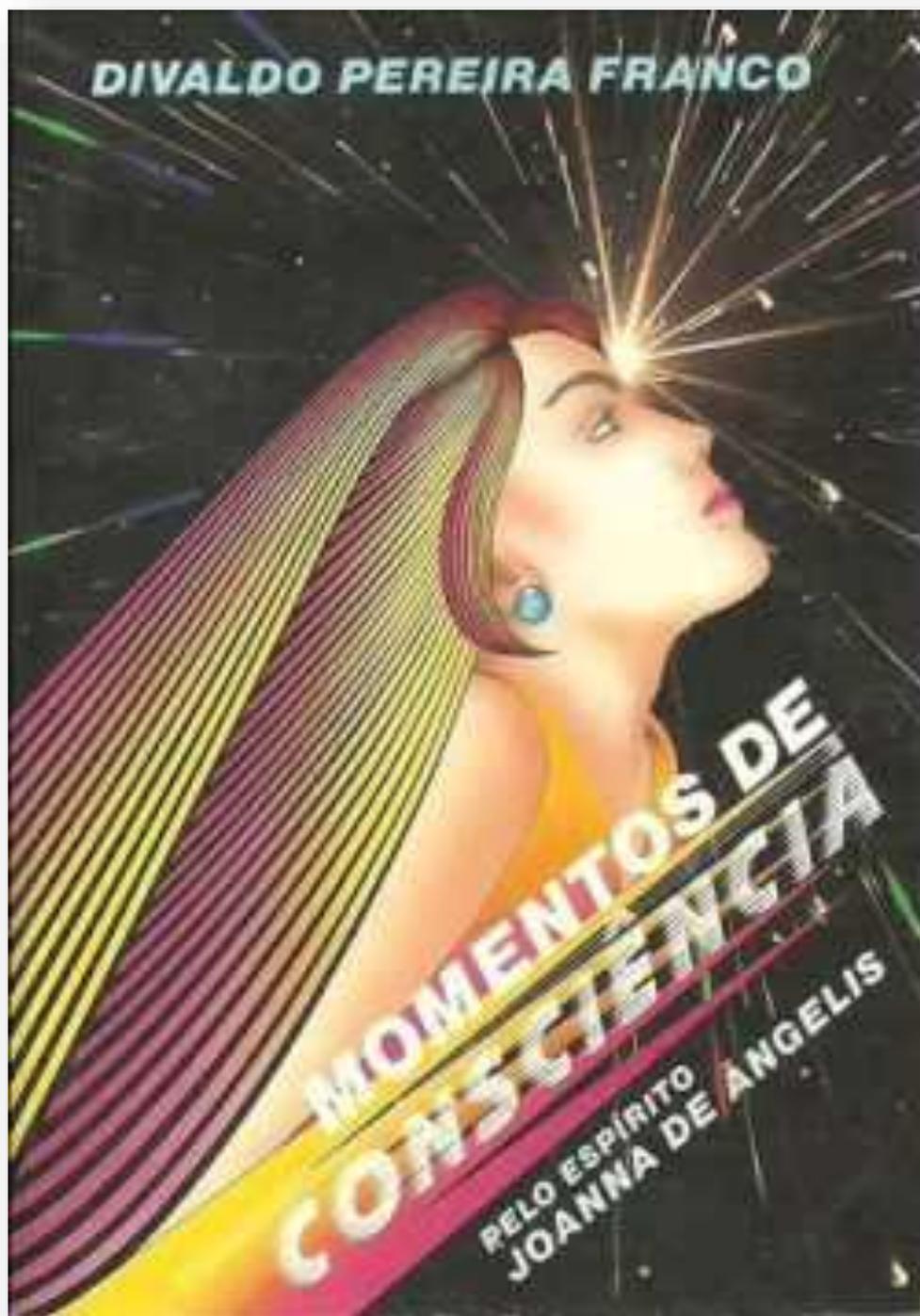


DIVALDO PEREIRA FRANCO

**MOMENTOS DE
CONSCIENCIA**

PELO ESPÍRITO
JOANNA DE ANGELIS



Divaldo Pereira Franco

Momentos de consciencia

Espíritu Joanna de Ângelis

Traducido por R Bertolini

Momentos de Consciencia

Capítulo 1 Adquisición de la Consciencia

Capítulo 2 Conocimiento y consciencia

Capítulo 3 Comportamiento y consciencia

Capítulo 4 Conflictos y consciencia

Capítulo 5 Salud y consciencia

Capítulo 6 Culpa y consciencia

Capítulo 7 Madurez y consciencia

Capítulo 8 Karma y consciencia

Capítulo 9 Muerte y consciencia

Capítulo 10 Reencarnación y consciencia

Capítulo 11 Consciencia y evolución

Capítulo 12 Consciencia y hábitos

Capítulo 13 Consciencia y discernimiento

Capítulo 14 Consciencia y deber

Capítulo 15 Consciencia y carácter

Capítulo 16 Consciencia y responsabilidad

Capítulo 17 Consciencia e Integridad

Capítulo 18 Consciencia y alienaciones mentales

Capítulo 19 Consciencia y mediúmnidad

Capítulo 20 Consciencia y plenitud

Momentos de Consciencia

¿Cómo se puede distinguir el bien del mal?

El bien es todo lo que es conforme a la ley de Dios; el mal, todo lo que le es contrario. Así, hacer el bien es proceder de acuerdo con la ley de Dios. Hacer el mal es infringirla.

(El libro de los Espíritus, de Allan Kardec)

El joven inmaduro se deslumbraba con las constelaciones centelleantes en el firmamento y planeaba conquistarlas.

Cuando los primeros momentos de comprensión más amplia le afloraron a la mente, percibió la imposibilidad de conseguir las galaxias, y creyó posible conquistar la tierra que le servía de madre gentil.

Las luchas lo maduraron y las dificultades aumentaron su visión de la realidad, proporcionándole la imposibilidad de lograr lo anhelado y, amando la patria donde nació, creyó que la podría conquistar.

Se empeñó en la lucha arriesgada, ganó posición social y poder, pero, la suma de decepciones y amarguras le hizo desistir del intento y pensó en conquistar la comunidad en la cual se movía.

Imposiciones políticas lo favorecieron con los cargos elevados, y, cuando el destaque parecía haberlo premiado, las artimañas de la hostilidad de los grupos beligerantes lo derrumbaron.

Más maduro aun y pensativo, se volvió para la familia, y, mientras la vejez se acercaba, se empeñó en conquistar el clan.

Los intereses dispares en el hogar y en la prole lo expulsaron, porque ya pesaba en la economía doméstica, superado, en el concepto de los jóvenes soñadores y ambiciosos, en cuanto él mismo lo fue un día...

En ese momento tuvo consciencia de su realidad y, solo entonces, entendió la importancia de conquistarse a sí mismo.

¡Momentos de consciencia!

Voluptuosidad del placer domina a las multitudes, y las criaturas ansiosas se revelan y se agreden, precipitándose inermes en los gozos exhaustivos sin que sacien los deseos.

La ola de vulgaridad aumenta y amenaza llevarse en tropel a las construcciones ennoblecedoras de la sociedad.

Una violenta rotura de valores favorece el recelo de la experiencia honrada, abriendo espacios para el campeonato de la insensatez y del crimen.

El cambio de comportamiento moral altera la escala del discernimiento, codeándose con la sordidez y la promiscuidad. En este sentido, hay un recelo por la elección de la existencia saludable, de la conducta moral. Exótico y agresivo sustituyen lo bello y lo

pacífico, dificultando el discernimiento en torno de lo verdadero y de lo imaginario, de lo justo y de lo innoble.

Hay carencia de grandeza, de amor, de abnegación, en estos momentos de la tierra.

Las grandes naciones se encuentran conturbadas y sus miembros aturridos.

Los pueblos de medio desarrollo se presentan ansiosos, inseguros.

Los países en crecimiento, victimados por la miseria económica, experimentan el hambre, las enfermedades llenas de calamidades, el desempleo, la locura, que se generalizan. En todos ellos, sin embargo, sobresalen la violencia, la lujuria y la disolución de las costumbres.

La criatura angustiada, sin embargo, busca otros rumbos de afirmación. Está, en la naturaleza humana, la necesidad de la paz y el anhelo por el bienestar. Esa búsqueda surge en los momentos de consciencia, cuando descubre las necesidades legítimas y sabe distinguirlas en medio de los despropósitos, de lo superfluo y de la desilusión.

Pensando en esos acontecimientos, que predominan en los varios segmentos de la sociedad contemporánea, resolvemos escribir la presente obra. Nos inspiramos en “El libro de los Espíritus”, de Allan Kardec, que es un manantial de inexorable sabiduría, repositorio de lecciones libertadoras, que necesitamos para el auto-encuentro, la auto-iluminación.

La madurez intelecto-moral da facultades a la consciencia y esta propulsa para la verdad y la vida.

Seleccionamos veinte temas y los examinamos bajo la óptica de la consciencia que se apoya en los estudios del maestro leonés, proponiendo rutas de seguridad a quien se disponga a reflexionar en ellos.

No tuvimos la preocupación de seguir las cuestiones en orden creciente, antes seleccionamos los temas y les dimos una clasificación especial, de modo para facultar más amplias observaciones en torno de la vida, de la conducta y de las experiencias humanas.

Ciertamente no guardamos la presunción de creer que estamos añadiendo algo nuevo a los estudiosos de la criatura humana y de su comportamiento moral.

Nos alegra la satisfacción de ofrecer un poco de lo que tenemos en favor del hombre nuevo, esforzado, consciente de que, empeñado en la construcción de un mundo más feliz, su ambición debe ser la de conquistarse a sí mismo y no a los otros.

Capítulo 1

Adquisición de la Consciencia

En el momento de la concientización, esto es, en el instante a partir del cual consigues discernir con acierto, usando como parámetro el equilibrio, alcanzas el punto elevado en la condición de ser humano.

Efecto natural del proceso evolutivo, esa conquista te permitirá evaluar factores profundos como el bien y el mal, lo correcto y lo errado, el deber y la irresponsabilidad, la honra y el desaire, lo noble y lo vulgar, lo lícito e irregular, la libertad y el libertinaje.

Trabajando datos no palpables, sabrás seleccionar los fenómenos existenciales y las ocurrencias, tornando tus directrices de seguridad aquellas que proporcionan bienestar, armonía, progreso moral, tranquilidad.

Esa consciencia no es de naturaleza intelectual, actividades de los mecanismos cerebrales. Es la fuerza que los propulsa, porque nacidas en las experiencias evolutivas, se exterioriza en forma de acciones.

La encontramos en personas incultas intelectualmente, y ausente en otras, portadoras de conocimientos académicos.

Si analizamos la conducta de un especialista en problemas respiratorios, que conoce intelectualmente los daños provocados por el tabaquismo, por el alcoholismo y por otras drogas adictivas, y que, a pesar de eso, usa, él mismo, cualquiera de esos flagelos, he aquí que aún no logró la conquista de la consciencia.

Sus datos culturales son frágiles de tal forma, que no disponen de valor para fomentar una conducta saludable.

Por extensión, la persona que se permite el crimen del aborto, bajo falsos argumentos legales o de derechos que se permite, así como todos aquellos que lo estimulan o lo ejecutan, inciden en la misma ausencia de consciencia, comportándose bajo la acción del instinto y, a veces, de la astucia, de la acomodación, enmascaradas de inteligencia.

Otros individuos, no obstante, sin conocimiento intelectual, poseen lucidez para obrar delante de los desafíos de la existencia, eligiendo el comportamiento no agresivo y digno, incluso que a costa de sacrificio.

La consciencia puede ser practicada mediante el ejercicio de los valores morales elevados, que tienen por objetivo el bien del prójimo, por consecuencia, el propio bien.

El esfuerzo para adquirir hábitos saludables lleva a la concientización de los deberes y a las responsabilidades pertenecientes a la vida.

Herederio de sí mismo, de las experiencias pasadas, el ser evoluciona por etapas, adquiriendo nuevos recursos, corrigiendo errores anteriores, sumando conquistas.

Jamás retrocede en ese proceso, incluso cuando, aparentemente, reencarna dentro de las paredes de enfermedades limitadoras, que bloquean el cuerpo, la mente o la emoción, generando tormentos.

Los logros evolutivos permanecen adormecidos para futuros cometidos, cuando asomarán, lúcidos.

La adquisición de la consciencia es un desafío de la vida, que merece examen, consideración y trabajo.

Tu existencia terrena puede ser considerada como una empresa que debes dirigir de forma segura, lo más cuidadoso posible.

Tendrás que trabajar datos concretos y otros más abstractos, en el área de la programación de las actividades, a fin de conseguir éxito.

Todo empeño y dedicación se transformarán en mecanismos de lucro, que siempre podrás recorrer durante las situaciones difíciles.

Algunas breves reglas te ayudarán en el desempeño del emprendimiento, tales:

- administra tus conflictos. El conflicto psicológico es inherente a la naturaleza humana y todos lo sufren;
- evita elegir hombres modelos para seguir. Ellos también son vulnerables a las imposiciones que experimentas y, a veces, se comprometen, lo que, de manera alguna debe constituir una falta de estímulo;
- concédete mayor dosis de confianza en tus valores, honrándote con el esfuerzo para mejorar siempre y sin desánimo.

Si te equivocas, repite la acción y si aciertas, sigue adelante;

- no evites el enfrentamiento de problemas usando soluciones falsas, comprometedoras, que te sorprenderán más tarde con situaciones infelices;
- reacciona a la depresión, trabajando sin auto-piedad ni acomodación perezosa;
- ten en mente que los tuyos no son los peores problemas, ellos pesan el volumen que les prestas;
- libérate de la queja pesimista y medita más en las fórmulas para preservar y producir;
- nunca cedas espacio a la hora vacía que se llena de tedio, malestar o perturbación;
- lo que hagas, hazlo bien, con dedicación; acuérdate que eres humano y el proceso de concientización es lento, que adquirirás seguridad y lucidez a través de la acción continua.

Interesado en descifrar los enigmas del comportamiento humano, Allan Kardec preguntó a los benefactores y guías de la Humanidad, conforme se lee en “El libro de los Espíritus”, en la pregunta número 621:

- *¿Dónde está escrita la ley de Dios?*
- *En la consciencia – Respondieron con sabiduría.*

La consciencia es el estadio elevado que debes adquirir, a fin de seguir en el rumbo de la angelitud.

Capítulo 2

Conocimiento y consciencia

A través de un análisis cuidadoso del comportamiento humano, Jung constató que en todos los pueblos hay una predominancia de la creencia en tres factores esenciales de la vida: Dios, la sobrevivencia del alma y la acción caritativa por el prójimo tanto como a sí mismo.

Variando de denominación y forma de aceptación, de filósofos y fe religiosa, esos tres principios son fundamentales a la sustentación del grupo social y a la felicidad individual. Son esos conceptos básicos que servirán de soporte a la ética y al pensamiento filosófico, abriendo perspectivas más amplias a la integración del ser en el grupo social.

Esas manifestaciones proceden, originalmente, del “yo” espiritual y son traídas de la Erraticidad donde él se encontraba antes de la reencarnación. Por tal razón, el concepto del arquetipo colectivo del mismo Jung, que intentaría explicar la creencia, en vez de haber surgido en el individuo y transmitido a las generaciones sucesivas, tiene su causalidad en el origen espiritual de la vida, que permanece en germen en el proceso de la evolución, hasta el momento cuando asume forma y expresión en la consciencia actual.

Necesariamente, a través de los tiempos, los espíritus misionarios, por tanto, más evolucionados, tomaron esos principios y los extendieron, presentándose en las varias formas de creencias y religiones, con los cultos compatibles al nivel cultural de cada época, pueblo y raza.

A medida que son aprendidos sus profundos significados, se revisten de las fórmulas innecesarias y pasan a la posición ética de comportamiento en relación con la vida, así mismo y al prójimo. Ellos permiten una plena integración de la criatura con su Creador, consigo mismo y con otro ser, sin cuya identificación la felicidad se le torna imposible.

Nadie es realmente feliz a solas. El exilio voluntario, la soledad, constituyen un método para la disciplina mental, moral y comportamental.

Realizado, pues, el curso de dominio de la voluntad, su aplicación en lo cotidiano, en el relacionamiento humano, dirá de su eficacia y de los resultados de la tentativa.

Experiencia no testada es adorno que no merece confianza. Conocimiento no aplicado es información que ignora la finalidad.

El ser humano es sociable, portador del instinto gregario para crecer en el relacionamiento con los demás donde quiera que se encuentren. Sin tal enfrentamiento, sus valores son desconocidos y sus resistencias ciertamente son débiles.

El conocimiento de la inmortalidad concientiza al ser para un comportamiento ético elevado con relación a su prójimo, todo haciéndole conforme el patrón que le constituye el ideal y que, a su vez, le gustaría recibir. En ese sentido de solidaridad se encuentra la meta desafiadora que debe alcanzar en el proceso evolutivo y de la auto-iluminación.

Todo un esquema de proyectos para hacer realidad se presenta a partir del momento en que su existencia física adquiere sentido, significado y finalidad, que no se interrumpen con la muerte orgánica, en su incesante fenómeno de transformaciones moleculares.

La visión de la inmortalidad permite una dilatación de objetos con relación a la vida, pues que, logrado un nivel de valores y realizaciones, otro surge atrayente, proporcionando nuevos esfuerzos que facultan el continuo crecimiento intelecto-moral del candidato decidido.

Cuestiones y circunstancias difíciles, que se presentan en el contexto social como relevantes y que responden por incontables conflictos generadoras de infelicidad, ceden lugar a legítimas aspiraciones de plenitud, que se colocan encima de las futilidades cuya importancia les es atribuida, debido a no pasar de frivolidades, desperdicios de tiempo y de emoción. Esto porque, la certeza de la causalidad divina y de su justicia faculta una real concientización de contenidos en favor del propio futuro, que tiene comienzo desde entonces.

El conocimiento, por tanto, racional, lógico y emocional, sobre Dios, sobrevivencia y función del amor al prójimo, concientiza al ser al respecto de su humanidad y de la destinación gloriosa que logrará en el futuro.

Allan Kardec, preocupado con la cuestión en torno de la felicidad, preguntó a los nobles mentores cual es la forma de enfocarla, y ellos respondieron, conforme está en “El libro de los Espíritus”, en la pregunta numero 919:

- *¿Cuál es el medio práctico más eficaz que tiene el hombre de mejorarse en esta vida y de resistir a la atracción del mal?*

- *Un sabio de la antigüedad os lo dijo: Conócete a ti mismo.*

Capítulo 3

Comportamiento y consciencia

Estudios cuidadosos al respecto del comportamiento humano demostraron que hay tres biotipos representativos de criaturas en la sociedad.

El primero puede ser denominado como co-dependiente, constituido por personas condicionadas, aquellas que establecen sus metas a través de circunstancias ajenas a su voluntad, no adquiriendo una consciencia personal de satisfacción como esfuerzo individual auto-realizador.

Sus aspiraciones están fundamentadas en las posibilidades de otros, en los factores ocasionales y afirman que solamente serán felices si amadas, si realizan tal viaje o tal negocio, etc.

La falta de confianza en sí mismas les proporciona el desequilibrio disgregador de la salud y, más fácilmente, como media, son accesibles al cáncer, alcanzando un obituario mayor de aquellos que se demoran en las otras áreas.

El segundo es constituido por individuos insatisfechos: los que tienen rabia de la vida, que están contra: inestables e irritados por naturaleza, son autodestructivos, viviendo bajo la obligación permanente de la irritabilidad.

Afirman que se sienten incompletos, que nada les sale bien, por tanto, se agreden y agreden a todo y a todos

Fácilmente se torna presa de disturbios nerviosos que más lo desgastan y lo tornan infeliz, tirándose a los sótanos de la exaltación, de la depresión, del suicidio, directo o no...

Entre ellos surgen los déspotas, los guerreros, los delincuentes...

El tercer grupo es formado por criaturas ajustadas, autorrealizadas, tranquilas, confiadas. Ciertamente, el suyo es un número reducido, aplazando grandemente de los miembros que se encuentran en las franjas comportamentales anteriores.

Esas personas ajustadas son candidatas al triunfo en las actividades a las cuales se dedican, tornándose agradables, sociables, estimuladoras. Sus empeños son positivos, mirando siempre el bienestar general, el progreso de todos. Sus liderazgos son enriquecedoras, creativas y dignas.

De ese grupo salen los fomentadores del desarrollo de la sociedad, los ejemplos de sacrificio, los genios creadores, los buscadores de la verdad.

Las investigaciones sumergen sus sondas en las causas próximas de esos comportamientos y encuentran, en su raíz, el grupo familiar como responsable.

Con ligeras variaciones de aquellos que superan los factores negativos y se ajustan, bien como otros que a pesar de la sustentación que dignifica derrapan para las áreas de inquietud, el hogar responde por la felicidad o desdicha futura de la prole, generando criaturas de bien, así como siervos de la perturbación.

Quien no recibe amor, no sabe dar amor y no lo posee para repartir.

En la infancia del cuerpo, el espíritu encarnado plasma en la consciencia la escala de valores que orientará su existencia. Conforme sea tratado creará estímulo en aquella dirección, retribuyéndolos en la misma orden.

La autoestima ahí se desarrolla, cuando orientado al descubrimiento apreciable de la vida, de las propias posibilidades, de los valores latentes que le cumple desarrollar.

Los desafíos se le vuelven invitaciones al esfuerzo, a la lucha por el progreso, a la conquista de metas.

El fracaso no lo aturde ni lo desestimula, pues lo vuelve consciente de cómo no hacer lo que desea. El cariño y la ternura, al lado del respeto al niño, son fundamentales para una vida saludable, plena.

Todos tienen necesidad de seguridad en la jornada carnal de inestabilidades y transitoriedades. Y los padres, los educadores, los adultos en general son los modelos para el niño, que los amará, copiándolos, o los detestará, incorporándolos inconscientemente.

Es verdad que cada espíritu reencarna en el hogar de que tiene necesidad para evolucionar, lo que no concede a los padres el uso y abuso de las arbitrariedades que practican, de que tendrán, a su vez, de dar cuenta a la propia y a la consciencia cósmica.

El espíritu reencarna para progresar, extendiendo y mejorando las aptitudes que duermen en la consciencia profunda. La educación en la infancia desempeña un papel de fundamental importancia para su comportamiento durante la existencia. Los estímulos al amor lo ayudan a lapidar las aristas que le resta del pasado, mediante las acciones de ennoblecimiento, de solidaridad, de abnegación, de caridad.

Con raras excepciones, los grandes personajes de la Humanidad poseyeron una superior consciencia de comportamiento y la apoyaban en las reminiscencias del hogar, en el cariño de los padres, de los abuelos, de los maestros, que les constituyeron un ejemplo digno de ser imitados.

Sus reminiscencias fueron ricas de belleza, de bondad, de amor, con que se equiparon para las grandes situaciones de la existencia, y, aquellos que fueron víctimas de holocaustos, poseían pacificada la consciencia por sacrificarse en favor de la posteridad.

Respondiendo a Allan Kardec, a la pregunta número 918, de “El libro de los Espíritus”, aseveraron los conductores de la tierra:

El espíritu prueba su elevación cuando todos los actos de su vida corporal representan la práctica de la ley de Dios y cuando, anticipadamente, comprende la vida espiritual.

El comportamiento es, pues, resultado del nivel individual de la consciencia de cada ser.

Capítulo 4

Conflictos y consciencia

En las bases del inconsciente duermen todos los procesos de la evolución antropológica y las adquisiciones psicológicas del ser en forma de experiencias vividas.

Toda vez que una de ellas no puede ser asimilada y pasó a los archivos profundos, permanecerá como posibilidad de emerger del armazón donde duerme, reapareciendo en forma de conflicto.

Los conflictos resultan igualmente de las ambiciones insatisfechas, de los deseos frustrados y de las manifestaciones íntimas que quedaron recalcados sin la ayuda de la razón.

El ser humano, liberándose de las herencias de lo primario, está en la fase de la frontera de los hábitos instintivos y del discernimiento del que le es factible realizar.

Adaptado a los fenómenos automáticos, no siempre dispone de fuerzas para superar la limitación, de donde nacen las incertezas y dudas que se transformarán en complejos conflictos emocionales.

Comportamientos arraigados e inseguridad se escamotean en los cuadros de los impulsos tormentosos, complejos perturbadores, tendiendo a hacer infeliz a la criatura que experimenta su presión.

El conflicto es el claro-oscuro de lo que hacer o no hacer, tendiendo siempre para el desequilibrio y la aflicción.

No digerido, se transforma en expresión emocional de desajuste, somatizando distonías orgánicas que abren espacio para la instalación de varias enfermedades.

Parásito vigoroso, el conflicto debe ser identificado para una posterior eliminación.

Toda vez que algo se presente sombrío en el área de la emoción, por miedo, ignorancia, presión o debilidad, puede tornarse conflicto más tarde.

Solo hay, sin embargo, conflicto, cuando la consciencia no luce discernimiento y, aun anulada, se deja conducir apenas por la inteligencia o por los instintos, permaneciendo sin dirección.

La existencia humana es un desafío.

Todo desafío propone esfuerzo para la lucha.

Cuando el ser retrocede en un intento, he aquí que pierde la oportunidad de afinar sus valores, a perjuicio del crecimiento personal.

Desarrollando las aptitudes, cada vez que tiene limitada una acción o no entendiendo una situación, el ser bloquea la facultad de producir, perdiéndose en el enmarañado de los celos y de las incertezas.

Le cabe, por tanto, lógica para obrar, medir las posibilidades y producir, trabajando por el perfeccionamiento interior, que responde por la armonía psicofísica de su progreso evolutivo.

La consciencia alarga los horizontes del pensamiento, proporcionando la salud real, que se expresa como equilibrio ante el cosmos.

Siendo la criatura un cosmos en miniatura, es regida por las mismas leyes del gran Universo. De ese perfecto engranaje entre los pequeños y el gran Foco, surge la armonía que es su más noble manifestación.

Los fenómenos conflictivos que se manifiestan en la conducta y en la emoción de la criatura, son efectos del estadio en que se encuentra el espíritu reencarnado.

El organismo, amoldándose a los sutiles equipamientos espirituales, refleja la necesidad de progreso que lo caracteriza, empujándolo a la incesante transformación intelectual-moral: su meta, su búsqueda.

Además, frente a la historiografía de su pasado, el ser aun padece conflictos que le son sugeridos y transmitidos por secuaces o víctimas espirituales de jornadas pasadas, que la muerte no aniquiló.

Delante de la palpitante y frecuente manifestación de los conflictos en las vidas humanas, Allan Kardec solicitó esclarecimientos a los Númenes Tutelares, conforme se lee en la pregunta 361 de “El libro de los Espíritus”:

- *¿Cuál es el origen de las cualidades morales, buenas o malas, del hombre?*

- *Son las del espíritu en él encarnado. Cuanto más puro es ese espíritu, tanto más propenso al bien es el hombre. Lo que equivale decir, sin conflictos.*

De ese modo, la superación de los conflictos se dará mediante el esfuerzo ingente ofrecido por el ser en evolución que se deje ser pleno.

Capítulo 5

Salud y consciencia

A fin de que la persona adquiera o preserve la salud, es imprescindible la consciencia de sí mismo, de su manera de ser.

Normalmente, por hábito vicioso, prefiere y acepta los estados negativos y alterados de comportamiento con los cuales la consciencia anhela, abriendo espacio para las enfermedades.

Se permite, de ese modo, la rabia, los celos, la queja, la ansiedad, y cae en depresiones injustificables que son las puertas de acceso a enfermedades variadas.

Justificando siempre los pensamientos perturbadores y las acciones perniciosas, se recusa a la renovación del paisaje mental, con el consecuente cambio de actitudes, predisponiéndose más al desequilibrio.

Las señales de alarma en torno a la situación surgen cuando se desea:

- pedir disculpas por una reacción infeliz y no lograr hacerlo;
- recomenzar una tarea que la ira interrumpe y siente dificultad;
- abrazar a alguien inamistoso y verse impedido;
- discutir un asunto desagradable y es tomado por un silencio forzado;
- iniciar una conversación y se siente incapaz o desinteresado;
- permanecer despierto sin liberarse de una idea intranquilizadora;
- continuar ansioso, incluso cuando no hay razón que lo justifique;
- no conseguir dirigir palabras gentiles a una persona querida;
- sentirse trémulo o deprimido, delante de alguien que le parece superior;
- considerarse disminuido en el medio social en el cual se mueve...

Esos síntomas, y otros más, caracterizan estados predisponentes a las enfermedades.

La aceptación de esas circunstancias significa preferencia de infelicidad a la armonía.

Cultivando esos estados, se bloquea la consciencia, que se entorpece, volviendo a un estadio inferior, en el caso, a la sensación que aún le predomina en el proceso evolutivo.

Siendo la persona libre para preferir ser saludable o enferma, cabe a la consciencia obrar con libertad profunda, esto es, la opción de ser feliz.

Comienza por deshacerte de los patrones mentales antiguos, negativos, que te condicionarán a la aceptación de los comportamientos enfermos.

La práctica de nuevas maneras de pensar, basadas en el orden, en el bien general, en la superación de las propias posibilidades, creará automatismos y reflejos que trabajarán por tu armonía y salud.

Es necesario asumir el control de ti mismo, lo que equivale decir, a la concientización, ese nivel superior en el cual la emoción lleva a la sensación.

Infinitos mensajes son dirigidos de la mente al cuerpo, produciendo hábitos que se arraigarán, sustituyendo aquellos que se responsabilizan por el desorden y la enfermedad. Tu cerebro, con sus extraordinarios archivos, está siempre almacenando datos con la capacidad de fijar diez nuevos hechos por segundo.

Puede parecer difícil salir de una situación desgastante para otra agradable. Y lo es realmente. No obstante, todo aprendizaje exige la repetición de la experiencia hasta su fijación definitivamente. Del mismo modo, la adquisición de valores y patrones de felicidad van más allá del simple querer, deambulando por los caminos del conseguir.

La tecnología dio su más expresivo salto en los tiempos modernos, cuando tres jóvenes científicos americanos descubrieron el transistor, miniaturizando piezas y equipamientos que aceleraron el progreso de la civilización.

No medir esfuerzos para la adquisición de la salud, mediante la consciencia del deber para consigo mismo, es el desafío para enfrentar y vencer, a través de las pequeñas piezas del sacrificio, de la perseverancia y del trabajo.

En la cuestión número 912 de “El libro de los Espíritus”, Allan Kardec preguntó:

- ¿Cuál es el medio más eficiente para combatir el predominio de la naturaleza corpórea?

- Practica y abnegación.

Con este esfuerzo se disfrutará de consciencia, salud y paz.

Capítulo 6

Culpa y consciencia

La culpa surge como forma de catarsis necesaria para la liberación de conflictos.

Se encuentra esculpida en las bases del espíritu y se manifiesta en expresión consciente o a través de complejos mecanismo de auto-punición inconsciente.

Sus raíces pueden estar fijadas en el pasado – errores y crímenes ocultos que no fueron justificados – o en un pasado próximo, en las acciones de la extravagancia o de la delincuencia.

Generadora de graves disturbios, la culpa debe ser liberada a fin de que sus daños desaparezcan.

Arrepentirse de comportamientos equivocados, de prácticas mezquinas, egoístas y arbitrarias es perfectamente normal. La sustentación, pues, del arrepentimiento, más allá de ser inoperante, solo proporciona perjuicios que responden por numerosos conflictos de la personalidad.

El arrepentimiento tiene como finalidad dar a percibir la dimensión del delito, del problema, de manera que el individuo sea consciente de lo que hizo, formulando propósitos de no reincidencia.

La permanencia en su análisis, la discusión íntima en torno de lo que debería, o no, haber hecho en aquella ocasión, se transforma en un clavo clavado en la escena de la consciencia.

Hay personas que se atormentan con la culpa de lo que no hicieron, lamentando no haber aprovechado todo cuanto el momento pasado les proporcionó. Otros se amargan por la utilización indebida o por el uso inadecuado de la oportunidad, todos, no obstante, continuando en una acción negativa.

Sea lo que sea lo que hiciste, o dejaste de hacer, el recuerdo, de la culpa, de aquel instante, de manera alguna te ayudará.

No podrás apagar el error lamentándolo, por más que sigas en esa actitud, tampoco experimentarás recompensa retenerte en el recuerdo de lo que podrías haber hecho y dejaste de hacer.

La aparente compensación que experimentes, mientras así permanezcas, es neurótica, pues que volverás a las mismas reminiscencias que se transformarán en incomodidad mental en el futuro.

Todo cuanto inviertas para anular el pasado, muévelo o déjalo al margen, será inútil. Lo que está hecho o aquello que quedó para hacer, constituyen experiencias para futuras conductas.

Agua pasada no mueve molino, afirma el dictado popular, con sabiduría. Los recuerdos negativos entorpecen el entusiasmo para las acciones edificantes, únicas portadoras de esperanzas para la liberación de la culpa.

Hay pequeñas culpas que resultan de la educación deficiente, neurótica, del hogar, igualmente perturbadoras, pero de pequeña monta.

La existencia terrena es toda una oportunidad para el enriquecimiento continuo. Cada instante es oportunidad de nueva acción propiciadora de crecimiento, de conocimiento, de conquista. Saber utilizarlo es un desafío para la criatura que anhela por nuevas realizaciones. De ese modo, quien se detiene en los sombríos paisajes de la culpa aun no descubrió la consciencia de la propia responsabilidad ante la vida, negándose la bendición de la liberación.

De alguna forma, quien cultiva la culpa no desea liberarse, en tal postura complaciéndose irresponsablemente. Sal de la forma del arrepentimiento y obra de manera correcta, edificante.

Rehabilitate del error, a través de acciones nuevas que representen tu actual estado de alma. Detén la onde de los efectos perniciosos con su disolución en las nuevas fronteras del bien.

La suma de tus acciones positivas quitará el débito moral que contrajiste ante la Divina Consciencia, ya que lo importante no es a quien se hace el bien o el mal, y si, la acción en sí misma con relación a la armonía universal.

Allan Kardec, interesado en la cuestión, preguntó a los Embajadores Espirituales y recibió de ellos la segura respuesta, conforme el número 835 de “El libro de los Espíritus”:

- *¿Será la libertad de consciencia una consecuencia de la de pensar?*

- *Como consecuencia, la culpa debe ser superada mediante acciones positivas, rehabilitadoras, que resultarán de los pensamientos íntimos ennoblecedores.*

Capítulo 7

Madurez y consciencia

La consciencia alcanza la plena conquista, cuando el ser madura en su proceso psicológico de evolución.

Esa madurez es el resultado de un continuo esfuerzo en favor del autoconocimiento y del coraje para enfrentarse, trabajando con esfuerzo íntimo las limitaciones y los procesos infantiles que en él aun predominan.

No sabiendo superar las frustraciones, se fija en el inconsciente y se torna su víctima, huyendo para los mecanismos de la irresponsabilidad toda vez que se ve a brazos con dificultades y enfrentamientos.

La madurez psicológica no se restringe al periodo de desarrollo de la infancia, y si, a las varias fases de la vida, considerándose que el aprendizaje y el crecimiento no cesan nunca, tornándose una constante hasta el momento de la individualización, en el cual el espíritu comanda la materia y el estado mental se mantiene en armonía con lo físico.

No sea de extrañar que individuos adultos mantengan comportamientos infantiles y que jóvenes se presenten con equilibrada madurez.

Naturalmente, el espíritu es el agente de la vida y de él proceden los valores que son o no considerados durante la existencia corporal.

El mecanismo para la madurez psicológica del ser se expresa de manera natural, aguardando que la voluntad y el continuo esfuerzo para el reconocimiento de las debilidades físicas, emocionales y otras, proporcionan el ánimo para corregirlas y superarlas.

Las funciones psíquicas, que Jung clasificó en número de cuatro – sensorial, sentimental, intelectual e intuitiva – deben constituir un todo armónico, sin predominancia de alguna en detrimento de la otra, proporcionando la madurez, por tanto, la plena realización de la consciencia.

La madurez psicológica se exterioriza cuando se ama, cuando se alcanza ese sentimiento extraído, demostrando la liberación de la edad infantil.

Egocéntrico y ambicioso, el niño se apega a la posesión y no dona, exigiendo ser protegido y jamás protegiendo, amado sin saber amar, ni como expresarlo. Su amor es posesivo y siempre se revela en el recibir, en el tomar.

Su tiempo es presente total. El adulto, diferenciándose de él, comprende que el amor es la ciencia y arte de donar, de proporcionar felicidad a otro.

Su tiempo es el futuro, que el momento construye etapa a etapa, a la medida que madura su afectividad y su psiquismo.

Mientras el amor no siente placer en donar, experimenta el periodo infantil, caracterizándose por la envidia, por la inseguridad, por las exigencias inoportunas, por tanto, egocéntrico, impropio.

Quien ama con madurez, se llena con la felicidad del ser amado y se beneficia por el placer de amar.

Hay en él comprensión de libertad que alcanza los niveles elevados de la renuncia personal, en favor del amplio movimiento y alegría del ser amado.

Lo que hoy no consigue, siembra en esperanza para el mañana.

El anciano maduro se realiza en constantes experiencias de amor y vivencia culturales, emocionales, sociales caritativos, libres del pasado, de las reminiscencias que le constituyen placer disfrutado, sin embargo, sin sentido.

Como el crecimiento del hombre maduro no termina, su consciencia lo promueve a la certeza de que, desvestido del cuerpo, él proseguirá evolucionando.

Sintetizando toda la sabiduría de que era portador, Jesús, en la condición de Psicólogo Excelente, prescribió para las criaturas humanas la necesidad de amarse unos a los otros.

Con esta lección impar, no solamente reformuló las propuestas egocéntricas de la Ley Antigua, de reacciones crueles, por tanto, infantiles, como abrió perspectivas extraordinarias para la integración de la criatura con su Creador, el Amor Supremo.

Posteriormente, buscando proporcionar la madurez de las criaturas, Allan Kardec preguntó a los Mensajeros de la Luz, en la pregunta número 893 de “El libro de los Espíritus”:

- *¿Cuál es la más meritoria de todas las virtudes?*

Y ellos respondieron:

- *Toda virtud tiene su mérito propio, porque todas indican progreso en la senda del bien. Hay virtud siempre que hay resistencia voluntaria al arrastre de las malas tendencias. La sublimidad de la virtud, pues, está en el sacrificio del interés personal, por el bien del prójimo, sin pensamiento oculto. La más meritoria es la que asienta en la más desinteresada caridad. Dado que, a través del autoconocimiento, el ser pensante descubre las propias imperfecciones, las trabaja y, llevado por la necesidad gregaria, sale de la soledad y ama.*

Capítulo 8

Karma y consciencia

El karma es efecto de las acciones practicadas en las diferentes etapas de la existencia actual como de la pasada.

Fruto del árbol plantado y cultivado, tiene el sabor de la especie que tipifica el vegetal.

Cuando los actos son positivos, sus resultados se caracterizan por la excelencia de la calidad, favoreciendo al ser con momentos felices, afectividad, lucidez, progreso y nuevas oportunidades de crecimiento moral, espiritual, intelectual y humano, promoviendo la sociedad, en la cual se encuentra.

Cuando actúa con insensatez, vulgaridad, perversión, rebeldía, odio, recoge padecimientos vengadores, que proporcionan pruebas y expiaciones reparadoras de complejos mecanismos de aflicciones, que responden como necesidad iluminativa.

El karma está siempre en proceso de alteración, conforme el comportamiento de la criatura.

La desdicha que se alarga, la cárcel moral que desorienta, la enfermedad rigurosa que alucina, la limitación que perturba, la soledad que asfixia, el disgusto que amarga puede alterarse favorablemente, si aquel que los experimenta resuelve cambiar las actitudes mejorándolas y extendiéndolas en pro del bien general, en lo que resulta en el bien propio.

No existe en las soberanas Leyes de la Vida, fatalidad para el mal. Lo que al ser acontece, es resultado de lo que él hizo de sí mismo y nunca de lo que Dios le hace, como les place a los pesimistas, a los derrotistas y cómodos afirmar.

Rehace, pues, tu vida, a todo momento, para mejor, mediante tus actos saludables.

Construye y elabora nuevos karmas, liberándote de los penosos que te pesan en la economía moral.

La consciencia no es inteligencia en el sentido mental, sino la capacidad de establecer parámetros para entender el bien y el mal, optando por el primero y siguiendo la directriz del equilibrio, de las posibilidades latentes, desarrollando los recursos actuales en favor de su llegar a ser.

Esas posibilidades que se encuentran adormecidas son la presencia de Dios en todos, aguardando el momento de florecer y crecer.

La consciencia, en sus variados niveles, une la programación de las ocurrencias futuras, a través de las cuales conquista las fases de la evolución.

Mientras adormecida, la consciencia funciona por automatismo que se amplían del instinto a la conquista de la razón.

Cuando la lucidez proporciona el discernimiento, más se favorecen los valores divinos que se manifiestan, aumentando la capacidad de amar y servir.

El karma, que se deriva de la conducta consciente, tiene la cualidad del nivel de percepción que la caracteriza. Amplía, de ese modo, los tesoros de tu consciencia, y tu karma se aureolará de luz y paz, que te dará plenitud.

Mientras en la ignorancia, María de Magdala, con la consciencia adormecida, vivía en la promiscuidad moral. Al estar con Jesús, despertó, alterando el comportamiento de tal forma, que elaboró el bendecido karma de ser la primera persona en verlo resucitado.

Judas Iscariotes, consciente de la misión del Maestro, se intoxicó por los vapores de la ambición descabellada y, despertando después, al ahorcarse estableció el lúgubre karma de reencarnaciones infelices para reparar los errores tenebrosos y recuperarse.

El karma y la consciencia siguen juntos, el primero como consecuencia del otro.

Allan Kardec, en “El libro de los Espíritus”, en la pregunta número 132, preguntó:

- *¿Cuál es el objetivo de la encarnación de los espíritus?*

Y los Mensajero respondieron:

- *Dios se la impone con el propósito de hacerlos alcanzar la perfección. Para unos constituye una expiación; para otros, una misión. Pero, para llegar a esa perfección deben sufrir todas las vicisitudes de la existencia corporal: en ello reside la expiación. La encarnación tiene asimismo otra finalidad, consiste en poner al Espíritu en condiciones de afrontar la parte que le cabe en la obra de la Creación. (...)*

Capítulo 9

Muerte y consciencia

La perfecta identificación de la transitoriedad del cuerpo físico expresa el superior estadio de consciencia del hombre.

Ese discernimiento lucido, al respecto de la fragilidad orgánica, es de alto significado en el proceso de la evolución, constituyendo una fase superior de conquista que promueve al ser del instinto a la razón, y de esta a la intuición espiritual.

Repugna al hombre-instinto el recuerdo de la muerte, así como de su convivencia en lo cotidiano.

Para él, la fase corporal tiene el sentido de permanencia, entorpeciéndole el conocimiento de la realidad, que se recusa aceptar, aunque el fenómeno biológico de las transformaciones celulares y moleculares se da a cada instante.

La seguridad del edificio orgánico se apoya en la fragilidad de su propia constitución.

Engranajes delicados son susceptibles de desorganizarse, sea por accidentes de su estructura, o por invasiones microbianas, o traumatismos físicos y emocionales, o, aun, por desgaste natural que transcurre del uso en la sucesión del tiempo.

Agrada, al hombre inconsciente, pensar solo en el inmediatismo del aparato físico y en el disfrutar de los aparentes beneficios que proporciona, en el área de los placeres y de las sensaciones más agresivas, que disfruta con avidez insaciable.

Ese engaño lo lleva al apego de las formas que se diluyen y alteran; de los objetivos de que se apropia y pasan de manos; de las aspiraciones que transforma en metas de vida y a las cuales se entrega, expresándolas en poder, destaque, abundancia, que no puede detener por tiempo indefinido.

Como efecto de esa acción sin apoyo en la realidad de la vida, surgen los cuadros de la ansiedad, del miedo, de la inseguridad, de la irritabilidad, degenerando en mecanismos de infelicidad, porque la vida física se le torna la única razón por la cual lucha y se empeña en preservar.

Experimentando el desgaste de la enfermedad, la vejez, se siente próximo al fin y se desequilibra.

Ignorando o insistiendo en desconocer la inevitable transformación que encierra un ciclo, para dar lugar al surgimiento de otro, del cual procede, se rebela y se envenena con la ira, presentando aquello que pretende postergar.

La consciencia libera la realidad del ser en profundidad, que comprende las naturales alteraciones de los fenómenos biológicos, que son instrumentos para su progreso espiritual.

Desentorpecido de los atávicos del instinto de conservación, que queda del primitivo animal, penetra en la estructura de la vida, descubriendo la causalidad existencial que es

el espíritu, independiente de los mecanismos orgánicos, que usa con finalidad específicas y abandona cuando encerrada la actividad que se le hace necesaria.

Gracias a tal entendimiento, desarrolla recursos preciosos y desvela atributos que duermen en su íntimo, abriéndose a valores imperecederos que lo fascinan, en detrimento de aquellos otros que son necesarios al tránsito carnal y deben permanecer en el teatro terrestre donde se originan.

La consciencia de la muerte, con las consecuentes acciones preparatorias para el traspaso, favorece al ser con armonía interior y seguridad personal.

La lucidez en torno de los deberes empuja a la criatura al mejoramiento íntimo y, al hacerlo descubre que el amor es la fuente inagotable de recursos para proporcionarle la tentativa.

El amor que se expande lo libera de las pasiones esclavizadoras que lo perturban y lo entristecen.

Si ya puedes concientizarte de la proximidad del fenómeno de la muerte, que es transformación en tu existencia, estás en condiciones de crecer y planear encima de las vicisitudes.

Vive entonces el periplo orgánico, conscientemente, usando el cuerpo con finalidad elevada, dado que al llegar el momento de tu muerte dejarás la masa material como mariposa dichosa que, después de la histogénesis, vuela feliz en los ríos suaves del infinito.

En la pregunta 155 de “El libro de los Espíritus”, se puede leer:

- *¿Cómo se opera la separación del alma y el cuerpo?*

- *Habiéndose roto los vínculos que lo retenían, se desprende. Con la consciencia de la realidad, la vida resplandece en el cuerpo y fuera de él.*

Capítulo 10

Reencarnación y consciencia

La conquista lúcida de la consciencia abre espacios para el entendimiento de las leyes que rigen la vida, facultando el progreso del ser, que se entrega a la tarea de educación personal y, por consecuencia, de la sociedad en la cual se encuentra situado.

No le atienden más las aspiraciones, los conceptos utópicos y las afirmaciones pueriles destituidas de razón, con las cuales en el pasado se anesthesiaba el discernimiento de los individuos y de las masas.

Con ella la idea de Dios y de su justicia evoluciona, arrancándolo del antropomorfismo a que estuvo encadenado por la ignorancia, para una realidad más apropiada con la propia grandeza.

Los viejos tabús, como efecto, ceden lugar a los hechos que pueden ser considerados y examinados por la investigación, produciendo amplias percepciones de contenidos que enriquecen la comprensión.

El crecimiento interior elucida la justicia, que ya no se aferra a los límites de las pasiones humanas que la estandarizan conforme los propios intereses, agraciando unos y castigando a otros, en lamentable aberración ética y de ecuanimidad discutible, sino absurda.

La consciencia conquistada favorece la penetración en las causas de la vida mediante los procesos de intuición, de deducción y de análisis consecuente de la experiencia vivida en los factores que constituyen el Universo.

Se engrandece el hombre y la mujer que se despojan del temor o de la incredulidad, de la beatitud o de la negación, asumiendo una postura digna, por tanto, coherente con su estado de evolución.

Solamente la consciencia favorece la perfecta identificación con la realidad de las vidas sucesivas, concepto-ley única para corresponder a la grandeza de la vida.

Sin la consciencia, la inteligencia lógica cree, pero no se somete; la emoción acepta, pero, teme los impositivos del estatuto de la evolución, en el cual está el mecanismo reencarnacionista.

La consciencia abre las compuertas de la inteligencia y del sentimiento para la natural aceptación de las experiencias sucesivas e inevitables, que promueven a la criatura.

La reencarnación es un instrumento del progreso del ser espiritual. Ahora expía, cuando son graves sus delitos, sometiéndose a las aflicciones que constituyen disciplinas educativas mediante las cuales se fijan en los cuadros profundas de la consciencia los deberes a cumplir. En otras veces son pruebas que robustecen las fibras morales responsables por la acción que dignifica.

Lejos de ser un castigo, la dativa del renacimiento corporal es una bendición del amor, ayudando al espíritu a desarrollar los recursos que tiene latentes, como tierra labrada y

abonada en condiciones de transformar la semilla diminuta en el vegetal exuberante que en ella duerme.

Delante de esa realidad, amplia tu consciencia por la meditación y obra con seguridad ética, entregándote al compromiso de iluminación desde ahora.

Nunca postergues los deberes con el pretexto de que tendrás futuras oportunidades.

Tu consciencia dirá que hoy y aquí es el momento y el lugar para la construcción de tu ser espiritual, que se debe elevar, liberándote de los atavismos primitivos y de las pasiones perturbadoras.

La consciencia de la reencarnación te impulsará al progreso a través del amor y del bien sin alternativas de fracaso, porque la luz de la felicidad brillando al frente será el estímulo para que alcances la meta.

Sin la reencarnación la vida inteligente retornaría al caos y la lógica del progreso quedaría reducida a la estupidez, a la ignorancia.

La consciencia de la reencarnación explica Sócrates y el hombre bárbaro de su tiempo, Gandhi y el salvaje de la actualidad, la civilización y el primitivismo en esta misma época.

Lentamente el ser avanza y, de etapa en etapa, adquiere experiencia, conocimiento, sentimiento, sabiduría, consciencia.

En “El libro de los Espíritus”, en la pregunta 170, encontramos el siguiente diálogo:

- *¿En qué se convierte el Espíritu después de su última encarnación?*

- *Espíritu bienaventurado, Espíritu puro. Para esa desiderata final, la consciencia de las reencarnaciones es indispensable.*

Capítulo 11

Consciencia y evolución

El despertar de la consciencia faculta la responsabilidad al respeto de los actos, frente al desvelar de los códigos divinos que yacen en germen en el ser.

Creado simple e ignorante, el espíritu tiene como fatalidad la perfección que le está destinada.

Alcanzarla con rapidez o demorarse por conseguirla depende de su voluntad, de su libre albedrío.

Pasando por la hilera de la ignorancia, adquirió experiencias mediante las cuales puede discernir entre lo que debe y lo que no le es lícito realizar, optando por las acciones que le proporcionen felicidad, bienestar, sin los efectos perniciosos, aquellos que se tornan desgastantes, atormentantes. De ese modo, se torna responsable por su destino, que está para construir, modificar, por medio de las decisiones y actitudes que se permita.

El bien le es el fanal y esta se constituye de todo aquello que es conforme las leyes de Dios, que son naturales, vigentes en todas partes.

La herencia de la ignorancia primitiva lo aferra en el mal, que es contrario a la ley de progreso, no, reteniéndolo indefinidamente e imposibilitándolo de ser feliz.

Debe, por tanto, emplear esfuerzos y romper los eslabones con la retaguardia, avanzando en las experiencias iluminativas, al principio con dificultad, frente al vicio instalado, para después acelerar los mecanismos de desarrollo, por fuerza incluso del placer y alegría disfrutados.

Lentamente, debido a la propia consciencia, descubre los tesoros preciosos que están a su disposición y de los cuales puede utilizar con infinitos beneficios.

Salud y enfermedad, paz y conflicto, alegría y tristeza pueden ser elegidos a través del discernimiento que guía las acciones. Sin esa claridad, los estados negativos se le tornan habituales e, incluso cuando establecidos, pueden alterarse a través del esfuerzo empleado para vencerlos.

Nunca te entregues a la falta de esperanza, al abandono. No eres una piedra suelta, en el lecho del río del destino, rodando incesantemente. Tienes una meta, que te aguarda y que alcanzarás.

Adéntrate, mediante la reflexión, y descubre tus incalculables posibilidades de realización.

Afirmate al bien, a fin de que su germen en ti fecunde y crezca.

Serás lo que pienses y planees, pues que lo da tu mente y del sentimiento proceden los valores que son cultivados.

Tu estado natural es salud. Las enfermedades son los accidentes de tránsito de las acciones negativas, proporcionándote rehabilitación. Es indispensable mantengas

atención y cuidado en la conducta del vehículo carnal. Así, piensa en el bienestar, anhélalo, estimulándolo con realizaciones correctas.

Tu constitución es armónica. Los desequilibrios son ocurrencias, en la corriente eléctrica de tu sistema nervioso, por distorsión de carga que las sensaciones cultivadas proporcionan.

Mantén los interruptores de la vigilancia encendidos, a fin de que interrumpan los altos voltajes que los producen.

En tu origen eres luz avanzando para la gran luz. Solo hay sombras porque aún no te dispusiste a mover los poderosos generadores de energía adormecido en tu interior.

Haz claridad, iniciando con la chispa de la buena voluntad y dejándola crecer hasta alcanzar toda la potencia de que dispone.

El amor es tu camino, porque procede de Dios, que te creó. De ese modo, verticaliza tus aspiraciones y agiganta tus sentimientos en la dirección de la causalidad primera.

Todo puedes, si quieres.

Todo lograrás si te dispones.

Buscando penetrar en el orden de las divinas leyes que proporcionan el entendimiento de la vida, Allan Kardec preguntó a las venerandas entidades, conforme registró en la pregunta 117 de “El libro de los Espíritus”:

¿Depende de los Espíritus mismos acelerar su progreso hacia la perfección?

- Por cierto, que sí: llegan más o menos pronto, según su deseo y su sometimiento a la voluntad de Dios. Un niño dócil ¿no se instruye más rápido que uno reacio?

Capítulo 12

Consciencia y hábitos

San Juan de la Cruz afirmaba que “Dios es encontrado en las tinieblas” del ser humano.

Ínsito en la criatura, permanece en su lado oscuro, aquel “yo” profundo de su realidad aun por detectar.

Mientras esa área de sombras no sea iluminada por la razón, la ignorancia predomina y los instintos gobiernan. Incluso que el raciocinio parezca comandar sus hábitos y sus acciones.

El intento debe ser continuamente ejercitado en todos los periodos de la existencia terrestre, ya que las experiencias realizadas lo elevan a niveles más significativos, abriéndole posibilidades más amplias de auto-penetración.

Las raíces del ser son divinas, constituyéndole el cuerpo un instrumento o suelo fértil para la fecundación, el florecimiento de los tesoros latentes.

Naturalmente pesan sobre sus hombros en la larga jornada humana los factores endógenos, como la hereditariedad, las glándulas de secreción endocrina y otros, y exógenos, como la contribución de la educación, de la sociedad, de la economía, generadores de hábitos.

Es todavía, el espíritu que, heredero de las propias realizaciones, transfiere de una para otra existencia las adquisiciones que lo promueven, retienen o aprisionan en estados perturbadores.

Frente a los hábitos del inmediatismo, ocurre, a través de los tiempos, en los seres humanos, una fisura entre la consciencia superficial y la profunda, desarrollando más las áreas de la personalidad.

Esa separación generó en ellos, el desinterés por las conquistas transcendentales, que les parecen difíciles de lograr o se presentan desmotivadoras, tal la preocupación con el lado concreto de la vida.

Confirmando esta colocación, la ciencia constató que el hemisferio cerebral izquierdo de los seres humanos, encargado de los reflejos en el lado derecho del cuerpo, es verbal, relativo, angular, individual, desarrollado; mientras que el derecho, que responde por el lado izquierdo del cuerpo, es global, intuitivo, silencioso, selectivo, poco utilizado, en consecuencia, sin desarrollo, aguardando que la mente, en su función legítima, le proporcione el enriquecimiento de la facultad y realizaciones.

La mente en sí misma, el espíritu, a través del cerebro, se manifiesta en dos formas diferentes: ahora como razón – intuitiva, metafísica, abstracta – ahora como inteligencia – concreta, analista, inmediata.

El uso de la razón proporciona el discernimiento, que ofrece la elección de los hábitos saludables favorables a la felicidad, estimulantes a la evolución.

La función de la mente es pensar.

El hábito de pensar amplía las posibilidades de discernir.

La mente es capaz de reconocer por la razón los propios errores en los cuales se apoya y los corrige.

La pereza de pensar es la responsable por la limitación del discernimiento de la razón.

Adaptándose a los análisis estrechos y superficiales de la vida y de sus manifestaciones, el ser permanece en un nivel inferior, malbaratando el tiempo y la oportunidad.

El empeño de mantener la atención – que observa – la concentración – que fija – y la meditación – que completa el equilibrio psicofísico – se tornan el puente de unión entre la consciencia superficial y el “Yo” profundo, unificando, de ese modo, la acción de los dos hemisferios cerebrales que se armonizan y se desarrollan en equilibrio.

La repetición de los actos genera hábitos y estos se tornan memorias, que pasan a funcionar automáticamente.

Si eliges hábitos mentales de discernimiento para lo correcto, obrarás con seguridad y esas memorias funcionarán automáticamente, madureciéndote intelectiva y afectivamente, con este comportamiento ofreciéndote consciencia de ti mismo, identificación con tu “Yo” profundo.

El reino de los Cielos está dentro de vosotros - acentuó Jesús con infinita sabiduría en un tiempo de gran ignorancia y con un contenido de extraordinaria actualidad.

La psicología profunda de hoy desvela este lado oscuro de la criatura, iluminándolo con la presencia del espíritu en el cuerpo, como la contribución propuesta por Viktor Frankl, en su constatación noética, palabra derivado del término griego nous o espíritu.

Y Allan Kardec, el misionario de la Era Nueva, aclarando los oscuros niveles humanos de la consciencia adormecida, después de preguntar a los instructores de la humanidad, al respecto del progreso, de ellos recibió la confortadora y segura respuesta, conforme la pregunta número 779, de “El libro de los Espíritus”:

- El hombre se desarrolla naturalmente por sí mismo, pero no todos adelantan al mismo tiempo y de igual manera. Entonces, precisamente, los más evolucionados ayudan al progreso de los otros por medio del contacto social.

Capítulo 13

Consciencia y discernimiento

En la antigüedad clásica, los griegos elucidaban que el hombre es un animal racional, y que para alcanzar el pleno desarrollo, debe utilizar la razón.

La conquista de la razón, no obstante, se da mediante el esfuerzo desarrollado por el uso de la mente, por un método ordenado.

La mente puede tornarse el cielo o el infierno de cada criatura, conforme la dirección que se dé a su pensamiento.

El cultivo de las ideas que se derivan de las pasiones induce a disturbios que perturban y brutalizan, dificultando el predominio del discernimiento.

El discernimiento resulta del ejercicio del arte de pensar, que debe crecer de forma adecuada, favoreciendo al hombre con la percepción del ser y del no ser, de lo correcto y de lo errado, de lo justo y de lo abominable.

Dos proposiciones surgen como metodología correcta para el desarrollo de la razón, para el uso del discernimiento: pensar siempre y lo que se debe pensar.

En el primer caso, educación a través del pensar constante, ya que su función desarrolla los propios centros por los cuales se manifiesta, dilatando la capacidad para hacerlo siempre.

Indispensable luchar contra la pereza mental, generadora de la desatención, de la somnolencia, de la dificultad de concentrarse.

Elegir el tipo de pensamiento a cultivar, constituye un paso de alta importancia para que el discernimiento manifieste la consciencia, en la elección de los códigos de comportamiento que se incorporarán a la existencia...

Se dice que nadie vive sin pensar y la afirmación es equivocada. Todos los que transitan en las franjas primarias de la evolución piensan poco o casi nada.

Víctimas de los impulsos de su naturaleza animal, se dejan arrastrar por las tendencias e instintos hasta el momento obligatorio en que les luce la razón, empujándolos al examen de los acontecimientos y de la conducta.

Otros, que ya alcanzaron esa fase, por falta de hábito de pensar, se dejan anestesiar y se acomodan a los hechos y fenómenos existenciales, sin los estímulos inteligentes para saltar a niveles más elevados.

El discernimiento proporciona al ser pensante la madurez psicológica y, por extensión, de naturaleza afectiva. Descubre, entonces, la propia importancia en el grupo social, en el cual se mueve, empeñándose para dar cuenta de los deberes que le cumple desenvolver.

Se le alarga el horizonte de la comprensión humana y el amor abarca a todo y a todos se le asoma y predomina en sus sentimientos, responsable por la conducta saludable,

promotora de la felicidad. Esa consciencia que discierne faculta la intuición de la transcendencia de la vida, ampliando las posibilidades de desarrollo intelecto-moral, que se dirigen al infinito de la perfección relativa.

De ese modo, la conquista del discernimiento y de la consciencia brinda a la criatura humana con la plenitud, que espera y ha sido decantada por los mártires y apóstoles, por los santos y sabios de todos los tiempos, de todas las culturas, de todas las épocas.

Pasando por la hilera de las reencarnaciones, el espíritu desarrolla los contenidos superiores que en él yacen en germen y, al contacto con las experiencias de la razón, proporcionan las condiciones para que se desarrollen, dignificando su poseedor y promovándolo a la realización plena, meta de los renacimientos, objetivo para el cual todos somos creados.

Allan Kardec reflexiona sobre el asunto, conforme la pregunta número 189, que se encuentra en “El libro de los Espíritus”, a saber:

- ¿Goza el Espíritu de la plenitud de sus facultades desde el principio de su formación?

- No, porque el Espíritu, igual que el hombre, tiene también su infancia. En su origen, los Espíritus sólo poseen una existencia instintiva y apenas si tienen consciencia de sí mismos y de sus actos. La inteligencia se desarrolla sólo poco a poco. El desarrollo de la inteligencia y del sentimiento da origen a la consciencia, al discernimiento.

Capítulo 14

Consciencia y deber

Debido a los proyectos fantasiosos que se propone, la criatura humana establece, normalmente, su escala de valores prioritarios, lejos de la realidad espiritual.

Los impositivos inmediatos prevalecen en sus contenidos elegidos como aquellos que deben ser conquistados, fijando las bases de su comportamiento en la búsqueda de esas realizaciones.

Aunque reconozca la permanencia de la vida física y de todo cuanto le atañe, se agarra a la transitoriedad de los acontecimientos y fenómenos, buscando eternizarlos, en el tiempo que se transfiere y en los espacios emocionales que se consumen, debido a las transformaciones inevitables del cuerpo somático.

Como consecuencia, se disipa en la lucha constante por la preservación de lo perecible, así como en el afán de mantenerse en nuevas búsquedas, olvidándose de la realización plena, que transcurre de su consciencia lúcida constatando la conquista de sí misma.

Por atavismo, cree que la preservación de la especie y la necesidad de mantener las provisiones necesarias para tal fin constituyen los objetivos de la existencia en la tierra. Y sin más amplias reflexiones, automáticamente, se entrega a la conquista de cosas y valores amonedados, de proyección social y gozo personal.

Sus áreas de movimiento emocional son limitadas, lo que genera, con el tiempo la repetición, las graves neurosis que propulsan a las fugas espectaculares, a los conflictos, a los sufrimientos más acerbos...

El ser humano es aquello que piensa, que de sí mismo elabora, construyendo, mediante el pensamiento, la realidad de la cual no logra evadirse.

Sus aspiraciones íntimas, con el tiempo, se concretizan y sorprendiéndolo, a veces cuando ya no las alimenta, pues hay un periodo para sembrar y otro que corresponde a la cosecha.

El éxito de un emprendimiento depende, por cierto, del empeño que alguien se aplica para su ejecución. Sin embargo, el proyecto, la programación y el método de trabajo son indispensable para el intento y la realización.

La idea, pura y simple, necesita de indumentaria para ser expresada, y la forma como se presenta responde por las conquistas que produce. Así, las palabras dichas no pueden ser silenciadas, prosiguiendo en su marcha. Lo que realizan, se torna patrimonio de aquel que las envió.

La consciencia lúcida se mantiene vigilante, a fin de no generar conflictos y sufrimientos para sí mismo a través de los conceptos infelices emitidos y de las acciones perniciosas practicadas.

Conociendo los deberes que le atañen, madura las responsabilidades, ya que se utiliza de las ocasiones propicias para desarrollar más los potenciales que le yacen innatos, ampliando el área de percepción.

La consciencia del deber no es resultado de los arquetipos mitológicos, y si, de las conquistas morales que promueven a la criatura, liberándola de los instintos agresivos, de la libido, de las pasiones salvajadas.

Se puede medir el estadio de evolución del ser por su consciencia de deber. La ausencia del deber indica su evolución, incluso que haya realizado conquistas intelectuales, mientras que sus manifestaciones revelan todo el proceso de almacenamiento de valores ético-morales.

Haz de tu existencia terrestre un patrimonio de eternas bendiciones.

La moderación, la ecuanimidad, el deber lúcido marcharán contigo, proporcionándote estímulo y más conquistas, sin que el cansancio, el tedio y la amargura encuentren pozo en tus sentimientos y disposiciones.

Cada dificultad y problema se te revelarán desafíos y, si por acaso no lo consiguieras, toma la actitud de San Agustín, conforme declara en una bella comunicación en “El libro de los Espíritus”, en los comentarios en la pregunta 919:

Haced lo que yo hacía cuando vivía en la Tierra. Al término de la jornada interrogaba a mi conciencia, pasando en revista cuanto había realizado ese día, y me preguntaba si no había faltado a algún deber; si nadie había tenido que quejarse de mí. Así llegué a conocerme y a averiguar qué era lo que debía reformar en mí.

Capítulo 15

Consciencia y carácter

La elección de los valores ético-morales y la identificación de los objetivos de la vida, bien como la selección de las cualidades que establecen los criterios formadores del ser, caracterizan el surgimiento de la consciencia.

Su vigilancia y desarrollo transcurren de los episodios que se repiten, produciendo la fijación de las conquistas encargadas de incrementar el progreso del espíritu, sin demorados estadios en las provincias de los sufrimientos, que es legado de la ignorancia.

Toda realización pensada, sentida y cultivada, da surgimiento a la memoria, que imprime las impresiones más fuertemente experimentadas. La criatura humana debe preocuparse, en el buen sentido, con las emociones y acontecimientos positivos, de forma para guardar memorias que contribuyan, por estímulos, para el propio engrandecimiento, para la armonía personal.

Acosada, por el miedo y por el acostumbrado pesimismo, que se atribuye continuas desventuras, pasa con ligereza emocional por las alegrías, mientras se detiene en los desencantos.

Convivida a los patrones de bienestar, busca con avidez y auto flagelo, utilizándose de mecanismos masoquistas para inspirar compasión, cuando posee equipamientos preciosos que fomentan y despiertan el amor.

Se niega, por sistemática ausencia de consciencia, se entusiasma con la luz, la belleza, el sentido de la vida, entregándose a los caprichos de la rebeldía, hija del egoísmo insatisfecho.

Creando todo merecer, se atribuye méritos que no posee y rechaza conquistarlos.

Se compara con aquellos otros que ve en diferentes niveles, sin darse al cuidado de examinar los sacrificios que fueron investidos, o lo que sienten, quien allá se encuentra, estableciendo conceptos de felicidad conforme piensa que los otros disfrutan.

Este es un estadio que resta del primitivismo del instinto, antes de la fijación de la consciencia.

Se presiona a los atavismos de los cuales se debería liberar y cierra las posibilidades que le facultan los vuelos más altos del sentimiento y de la razón. La alternativa de la desdicha y la perturbación de la consciencia se tornan, inevitables, generando un comportamiento que lo lleva a la enajenación.

La consciencia es una conquista iluminativa. Su preservación resulta del esfuerzo que establece el carácter del ser. Todos los seres pasan por los mismos caminos y experimentan equivalentes desafíos.

El comportamiento, en cada prueba, ofrece la promoción o el estacionamiento indispensable a la fijación del aprendizaje. La conquista, por tanto, del progreso, es personal e intransferible, lo que es ley de justicia y de ecuanimidad.

Cada uno asciende a través de los impulsos de sacrificio que desarrolla. Fija, en las imágenes de la memoria, tus momentos de júbilo, por más insignificante que sean.

La sucesión de ellos te dará una vasta copia de emociones estimuladoras para el bien.

Olvida los fracasos, después de considerados los resultados provechosos que puede extraer.

Cuando algo de bueno, de positivo te acontezca, comenta sin alboroto, revive y déjate envolver por su significado edificante. Cuando seas visitado por la amargura, el desencanto, el dolor o la decepción, procura superar la vicisitud y avanza en la búsqueda de nuevos relacionamientos, evitando conservar resentimientos y detalles infelices.

No persistas en los comentarios desagradables, que siempre rezuman infelicidad.

Por hábito enfermizo, las personas se fijan en las ocurrencias malsanas, abandonando los recuerdos saludables. Pierden, así, las memorias superiores y acumulan las reminiscencias perturbadoras, que ocupan los espacios mentales y emocionales, bloqueando las amplias áreas de desarrollo de la consciencia.

Los episodios de consciencia, de pequeño o gran porte, forman el carácter que es la línea de conducta para la vida. La consciencia consigue descubrir los valores más insignificantes y tornarlos estímulos positivos para otras conquistas.

La decisión y el esfuerzo impregnados para alcanzar nuevas metas evolutivas desarrollan el carácter moral, sin el cual fallan los más bien elaborados planes de triunfo.

El carácter saludable, disciplinado y responsable define al hombre de bien, verdadero prototipo, que no se detiene ni desiste cuando le surgen obstáculos intentando dificultar su avance.

Necesitas llevar adelante los planes buenos, de desarrollo moral y espiritual, ya registrados por tu consciencia.

No des tregua a la indolencia, ni te apoyes en evasivas o justificativas irrelevantes.

Identificado el deber, acude a él y realízalo.

Realmente preocupado con el progreso del espíritu. Allan Kardec indagó a los Mentores Elevados, según consta en la pregunta número 674 de “El libro de los Espíritus”:

-La necesidad del trabajo ¿es una ley de la Naturaleza?

- El trabajo constituye una ley de la Naturaleza, por lo mismo que es una necesidad, y la civilización obliga al hombre a más trabajo, por cuanto aumenta sus necesidades y sus goces.

Capítulo 16

Consciencia y responsabilidad

La responsabilidad es una manifestación evidente de la adquisición de la consciencia.

El acto de pensar no siempre da la visión correcta, necesaria para la responsabilidad. Esta se basa en el discernimiento de los objetivos de la existencia terrestre, propulsando al ser a las acciones ennoblecedoras en clima de dignificación.

La responsabilidad da el direccionamiento de los deberes, eligiendo aquellos que son esenciales, en detrimento de los que aparentan beneficios y no pasan de soporte para enmascarar la ilusión y el gozo.

La criatura responsable discierne lo que realizar y como ejecutarlo.

La tendencia para el bien es innata en el ser humano, frente a su procedencia divina. El entorpecimiento carnal, a veces, bloquea la facultad de direccionamiento que la consciencia proporciona.

La persona lúcida, como consecuencia, obra con prudencia, confiando en los resultados que vendrán, sin preocuparse con el inmediatez, sabiendo que la semilla de luz siempre se convierte en claridad.

La inconsciencia en que están muchas criaturas responde por la agresividad e ignorancia que en ellas predominan.

La responsabilidad, viene de la consciencia, promueve al ser al estadio de lucidez, que lo lleva a aspirar por las cumbres de la evolución que pasa a buscar, con acendrada dedicación.

La consciencia de la responsabilidad te conducirá:

- a nunca maldecir el charco, y si, a drenarlo;
- a no cultivar problemas, antes, a solucionarlos;
- a no erigir barreras que dificulten el progreso, pero si, a tornarte puente que facilite el tránsito;
- a no aguardar el éxito antes del trabajo, pues que, el primero solamente precede al último en la orden alfabética de los diccionarios;
- a no mirar para abajo, emocionalmente, donde reposan el polvo y el barro, entretanto, a mirar lo alto donde fulguran los astros;
- a no desistir de la lucha, perdiendo la batalla no realizada todavía, perseverando hasta el fin, pues la esperanza es la luz que brilla al frente, apuntando la senda de la victoria;
- a no hablar mal del prójimo, considerando tus propias deficiencias, en vez de eso, brindarles palabras de estímulo;

- a no perturbarte ante las incomprensiones, sino a sentirte vivo, y, por tanto, vulnerable a los fenómenos del tránsito humano.

- a nunca pretender la paz sin los requisitos para rendirle culto en lo íntimo, no obstante, irradiando la alegría del bien, que fomenta la armonía.

La responsabilidad no favorece la auto-piedad ni la presunción, la debilidad moral, ni la violencia, la voluptuosidad de los deseos viles, ni los gozos entorpecedores.

Es creativa y enriquecedora, porque sabe encontrarse en proceso de elevación y de crecimiento.

Louis Pasteur, combatido por los académicos de su tiempo, con responsabilidad, prosiguió hasta culminar en el descubrimiento de los microbios, de defensa de la rabia, del carbúnculo y, en general, de todas las enfermedades contagiosas...

Kepler, perseguido, pero consciente de los mapas celestes, insistió hasta presentar una admirable teoría del planeta Marte y formular otras leyes que pasaron a honrar su nombre.

Hansen, con responsabilidad, profundizó la sonda de las investigaciones, hasta aislar el bacilo de la lepra y salvar millones de vida.

Copérnico, anatematizado, con responsabilidad, demostró el doble movimiento de los planetas sobre sí mismo y el sistema heliocéntrico, pagando con un alto precio la audacia de la consciencia.

El matrimonio Curie, responsable, se entregó a las experiencias fatigantes, que abrieron nuevos horizontes para el conocimiento de los materiales radiactivos.

La responsabilidad es un escalón de elevación de la consciencia, que hace pleno al hombre y a la mujer en todas las situaciones.

Delante de esta realidad, Allan Kardec preguntó a los Benefactores Espirituales, conforme se lee en “El libro de los Espíritus”, en la pregunta numero 780:

- El progreso moral ¿sigue siempre al de la inteligencia?

- En su consecuencia, pero no lo sigue siempre de inmediato, dependiendo ciertamente, de la consciencia de responsabilidad.

Capítulo 17

Consciencia e Integridad

La criatura que busca la integridad, el estado de equilibrio moral en toda su amplitud ya adquirió la consciencia de sí misma, habiendo logrado la madurez psicológica resultante de la observación correcta de las Leyes de la Vida.

La Vida son las sucesivas etapas del progreso evolutivo gracias a las cuales el espíritu avanza, de experiencia en experiencia, modelando su ángel que duerme en estado latente, manifestación del psiquismo divino, su origen, su causalidad.

En la trayectoria que empieza, normalmente el ser se vincula a las comodidades de la coyuntura carnal, sea por los atavismos animales que en él predominan, o porque se acomoda a la situación en que está, sin darse cuenta de la imperiosa necesidad de crecimiento.

Todo desarrollo rompe amarras, proporcionando liberación y, a veces, generando dolor.

Buscando huir de los dolores, normalmente crea mecanismos de transferencia que se utiliza para el placer, pasando a depender de este, así programando los inevitables futuros sufrimientos. Solamente la consciencia de los objetivos de la vida, en su conjunto, favorece la visión correcta para una conducta existencial preparadora de la etapa futura, y sucesivamente.

Porque la muerte no interrumpe la vida, antes abre la puerta en su dirección, es imprescindible que la escalada corporal sea una preparación para la espiritual y, por consecuencia, para la futura reencarnación.

Transcurre de eso los fenómenos que se presentan en el área del comportamiento y, con ellos, las tendencias, inclinaciones, aspiraciones, temperamento...

La integridad resulta de la disciplina de las tendencias negativas, de las aspiraciones superficiales a favor de los valores de expresión profunda y de la plena consciencia de objetivo y significado existencial.

Si deseas poseer la integridad de la criatura de bien, ejercita los pequeños deberes, las realizaciones de significado modestos.

Es muy fácil tornarse gigante en las grandes y expresivas realizaciones. Los verdaderos triunfadores, no obstante, se agigantan en las pequeñas cosas, ennobleciéndose en las labores de significado inexpresivo, sin los cuales, se desmoronan las grandiosas construcciones y se tornan perjudicados e impracticables los complejos proyectos.

Se apaga, ese trabajador, en las situaciones de alta proyección, toma la responsabilidad en los servicios de las horas sin aparente significación.

No es notado cuando es presente, pues que todos se acostumbraron a su equilibrio, a la armonía del conjunto en el cual trabaja, no obstante, cuando no se encuentra, todos notan su ausencia y comprenden su valor.

El hombre íntegro es fiel al deber y nunca deserta. Él tiene consciencia de su actualidad, que construye y, por consecuencia, es responsable, discreto y productivo.

Cuando se buscan sensaciones nuevas de agrandar al ego, aun no se adquirió la consciencia de la integridad.

Difícil el triunfo del ser humano sobre sí mismo, dado que esa conquista se deriva de la vivencia del bien y del orden, después del aprendizaje de la consciencia lúcida.

Allan Kardec, con extraordinaria capacidad de discernimiento, trabajó la propia consciencia, aplicándose las lecciones recibidas de los espíritus en el comportamiento y, estableciendo las líneas básicas de la integridad, las definió en el hombre de bien, como siendo el portador de las excelentes cualidades del corazón, de la mente y del carácter, tomando como símbolo la figura de Jesús, conforme la pregunta 625, de “El libro de los Espíritus”:

- ¿Cuál ha sido el arquetipo más perfecto que Dios haya otorgado al hombre para servirle de guía y modelo?

- Ved a Jesús.

Respondieron los Sabios Instructores del Mundo Mayor, dejándonos el ejemplo máximo de consciencia e integridad.

Capítulo 18

Consciencia y alienaciones mentales

La consciencia se encuentra en el hombre en todos los estadios de su proceso evolutivo.

En las franjas primarias se manifiesta como relámpagos de discernimiento, que propulsan para la conquista de lugares más elevados.

No obstante, la predominancia de los instintos agresivos, una vez que otra surge y clarea la noche tormentosa de los impulsos inmediatistas, ampliando los horizontes de percepción del ser.

Más tarde, a medida que la razón se desarrolla, la capacidad de consciencia se dilata, pudiendo ser víctima de los mecanismos escapistas de la astucia y del intelecto, que la adormecen, la lesionan o la intoxican con los vapores perniciosos de la frialdad emocional. Así mismo, ella rompe las dificultades y centellea, abriendo espacios para el discernimiento y los conflictos que transcurren de su percepción ante los actos incorrectos.

Solamente cuando el individuo vence las etapas primarias y las experiencias se hacen más significativas, mediante la comprensión del sentido elevado de la vida, es que ella se manifiesta con plenitud y pasa a comandar la dirección de la existencia, revelándose victoriosa.

La consciencia es el árbitro interno, que se encarga de establecer las directrices de seguridad para la vida.

Variando su lucidez conforme el nivel de desarrollo alcanzado, solamente cuando se torna ecuánime, puede conducir al ser con sabiduría.

Mientras es severa, exigiendo rudas reparaciones en relación con el error practicado, se detiene en lo primario del desagravio. Si, por otro lado, se presenta benigna en relación con los engaños, le falta la madurez que la capacita para la superior finalidad.

La consciencia se agita, cuando, reflexionando las leyes de Dios, dirige a la criatura para el bien, la ventura, el avance tranquilo en clima de fe y esperanza.

La consciencia ennoblecida establece el programa de reparación con fundamento en las leyes del amor y el de evolución en los mismos códigos, siempre apoyada a la justicia y a la verdad.

En la psicogénesis profunda de las alienaciones mentales se encuentra la consciencia de culpa, generadora de los tormentos que se presentan como procesos de reedificación, recomponiendo los cuadros del deber mediante los dolorosos mecanismos del desorden mental.

El desorden de los equipamientos psíquicos proporciona al espíritu sufrimiento insospechables, como forma rigurosa de apaciguar la consciencia.

Siendo el hombre el autor de su realidad moral, a través de la conducta que se permite en el curso de las existencias corporales, en cada etapa elabora el método de crecimiento interior por lo que realiza.

Cuando delinque, graba a fuego en su interior los medios reparadores, particularmente en el área mental.

Ignoradas las acciones infelices que la justicia humana no alcanza, la consciencia, que sabe, desarticula los complejos mecanismos de la razón en desequilibrio, que solamente el dolor renovador recompondrá.

En el cuadro de las alienaciones mentales, sea en las psicopatológicas conocidas y académicamente estudiadas o en las graves obsesiones, es la Consciencia de culpa que faculta la instalación del mal, que se exterioriza de manera rigurosa en proceso de reajuste y reequilibrio.

La consciencia ecuánime se mantiene con los recursos de los buenos pensamientos y de las reflexiones, que son los medios valiosos al alcance del ser para su plena edificación.

La consciencia lúcida y tranquila es la terapeuta segura para las alienaciones mentales, razón por la cual todo paciente que requiera la salud, no se debe excusar al trabajo hercúleo de pacificarse, usando la oración, la meditación, el autoconocimiento y las acciones ennoblecedoras, equipamientos esos que proporcionan una consciencia de paz, responsable por la conquista del progreso.

En la pregunta número 834, de El libro de los Espíritus, Allan Kardec indaga:

- ¿Es responsable de su pensamiento el hombre?

- Es responsable de él ante Dios. Puesto que sólo Él puede conocerlo, lo condena o lo absuelve con arreglo a su justicia. Las alienaciones mentales son, pues, la condenación de Dios a los pensamientos y actos incorrectos de la consciencia primaria y equivocada.

Capítulo 19

Consciencia y mediúmnidad

En el complejo mecanismo de la consciencia humana, la paranormalidad florece, alargando los horizontes de la percepción en torno a las realidades profundas del ser y de la vida.

Explotando con relativa violencia en determinados individuos, gracias a cuya manifestación surgen perturbaciones de variada orden, en otros aparece sutilmente, favoreciendo la penetración en más amplias franjas vibratorias, aquellas de donde se procede antes del cuerpo y para cuyo círculo se retorna después del desgaste carnal.

Irradiándose como percibiendo de la propia alma en torno al mundo que lo rodea, capta y transmite impresiones que proponen más equilibrio a los cuadros de la vida.

Más allá de las manifestaciones peculiares a sus tributos, permite el intercambio mediúmnico con los seres desencarnados, que proporcionan la perfecta visión y el pleno entendimiento de los mecanismos de la existencia corporal y de la realidad eterna.

Al principio, surge como sensaciones extrañas de presencias psíquicas o físicas algo perturbadoras, generando miedo o ansiedad, inquietud o incerteza. En algunos momentos, se turba la lucidez, para, en otros, se abren brechas luminosas en la mente, percibiéndose de otro tipo más sutil de realidad.

A la medida que se extienden las capacidades de silencio interior y captación de las delicadas interferencias, más se afirma la soberanía parafísica, demostrando ser ella el agente de las ocurrencias en el plano sensorial.

La mediúmnidad que tiene vigor latente en el organismo humano se perfecciona, con la contribución de la consciencia de responsabilidad y mediante la atención que el ejercicio de su función bien dirigida le concede.

Facultad de la consciencia superior o espíritu inmortal, se reviste de los órganos físicos que le exteriorizan los fenómenos en el mundo de las manifestaciones concretas.

No es sintomática de evolución, a veces, constituyéndose sendero de aflicciones purgadoras, que se presenta con la finalidad específica de convidar a la criatura al reajuste moral ante los códigos de las soberanas leyes de Dios.

Cuando la consciencia identifica su finalidad superior y se resuelve por incorporarlo a su día a día, brillan posibilidades inmensas de realización y crecimiento insospechados.

La mediúmnidad es puente valioso uniendo los hemisferios de la vida y de la muerte físicas, eliminando distancias y llenando el foso separatista entre ambas existentes. Por ella transitan las energías liberadoras del conocimiento, del amor, de la razón. Cuando, pues, desgobernada, ofrece el pasaje de los rencores, de los desagravios, de la aflicción.

La consciencia de la realidad espiritual del ser humano le proporciona campo de extensión interminable, que todos pueden alcanzar.

Si registras la presencia psíquica de seres desencarnados o si te sientes presa de aflicciones emocionales destituidas de fundamentos, silencia la inquietud y adéntrate a través de la meditación.

Ora, de inicio, y ausculta la consciencia.

Procura extender la percepción psíquica sin ningún recelo y oírás palabras alentadoras, verás personas queridas acercándose a ti.

No eres una realidad estática, terminada.

En el proceso de tu evolución, la mediúmnidad es un campo nuevo de acción a cribar, aguardando el arado de tu atención. Sin constituirse un privilegio, es una conquista que se te presenta fascinante, para que más crezcas y mejor desempeñes tus tareas en el mundo. Por ella tendrás acceso a paisajes felices, a intercambios plenos, a momentos de reflexión profunda.

Tal vez en algunas ocasiones, te lleve a los sitios del sufrimiento y a las personas angustiadas que también son parte del contexto de la evolución.

Sintonizarás con el dolor, no obstante, para que despierten tus valores socorristas y ayudes, comprendiendo mejor las leyes de causa y efecto que rigen el universo.

En otros, los momentos de elevación, adquirirás sabiduría e iluminación para el crecimiento eterno, conduciendo contigo aquellos que aún no lograron caminar sin apoyo.

La mediúmnidad, para ser dignificada, necesita de las luces de la consciencia ennoblecida. Cuanto mayor el discernimiento de la consciencia, tanto más amplias serán las posibilidades del intercambio mediúmnico.

Antes de estudiar la mediúmnidad más profundamente, Allan Kardec preguntó a los *mensajeros de la luz*, conforme se lee en el ítem 408, de “*El libro de los Espíritus*”:

En ocasiones nos parece escuchar en nuestro fuero interno palabras pronunciadas con claridad y que no tienen relación alguna con lo que nos preocupa. ¿A qué se debe esto?

Los venerables lo elucidaron:

- En efecto, y hasta frases enteras, sobre todo cuando los sentidos comienzan a aletargarse. A veces es un eco débil procedente de un Espíritu que quiere comunicarse contigo.

Concientizándote de esta rica posibilidad mediúmnica a tu alcance, haz silencio interior, estudia tu facultad y, meditando, entra en sintonía con tu guía espiritual a fin de que él te conduzca con seguridad, iluminando y fortaleciendo tu consciencia.

Capítulo 20

Consciencia y plenitud

La búsqueda de la plenitud constituye la meta esencial de la consciencia lúcida que descubrió los valores verdaderos de la vida y superó los equívocos del ego, en el proceso de la evolución del ser espiritual.

Concientizando en cuanto a la realidad de la vida, en su calidad de hábito divino y eterno, sabe que la rapidez del tránsito carnal en nada afecta al contenido de que se constituye, ya que identifica el mecanismo de la evolución gracias al cual se adentra en la existencia física a través de la concepción fetal y la abandona por medio de la anoxia cerebral, cuando viene la muerte.

Felicitado por la perfecta identificación de los objetivos humanos, se empeña por atesorar los recursos inalienables del bien, preservando la paz íntima y comportándose dentro de los cánones del orden y del deber, fomentadores del propio, como del progreso general.

La consciencia selecciona las necesidades reales de las que son utópicas, abriendo espacio para la realización interior que induce al amor como medio especial de alcanzar la plenitud.

Soñada por todos los pueblos, en las más variadas épocas de la Historia, fue señalada por santos, místicos y héroes, como Nirvana, Samadi, Paraíso, Gloria, encontrando en Jesús la denominación amena de Reino de los Cielos, donde no vigoriza los dolores ni las angustias, las añoranzas ni las aflicciones.

Delimitándole la meta en el propio corazón de la criatura, el Maestro Divino propuso el sumergirse en el océano de los sentimientos, donde puede sobrenadar, disfrutando de armonía, sin ansiedad, ni arrepentimiento, sin perturbación o tormento....

Conquistada la consciencia que proporciona madurez, el ser alcanza el estado de plenitud espiritual, no obstante, se encuentre en el envoltorio carnal.

No temas a la muerte, ni receles de la vida.

Vive de tal forma que ante la desencarnación te encuentres en paz, atravesando el fenómeno biológico con la naturalidad de quien adormece con la certeza inconsciente del despertar.

Ninguna expectativa, inquietud alguna.

Prepárate para transferirte de la franja orgánica para la espiritual con segura tranquilidad.

Mientras estés en la vida corporal, ejercítate en la fraternidad, no dejándote perturbar por desavenencias y pasiones que corrompen.

Cuida de vivir, con intensidad y sin cansancio, las horas de la existencia, dejándolas pasar con verdadero aprovechamiento, de manera que el recuerdo de ellas no te cause remordimiento o lamentación.

A veces, breves minutos en el cuerpo son definidores de un futuro auspicioso, frente a la claridad de consciencia para identificar los errores practicados y señalar realizaciones plenas.

Los momentos de consciencia profunda, objetiva, proporcionan la memoria de plenitud, paso inicial para la integración en el espíritu total de la vida.

Jesús señaló esta conquista al afirmar:

“Yo y mi Padre somos uno.”

Había una perfecta identificación entre Él y el Generador Universal, señalando a Sus discípulos la posibilidad de consciencia integral con plenitud personal.

Interesado en la elucidación de la plenitud, Allan Kardec preguntó a los Genios Espirituales, conforme anotó en “El libro de los Espíritus”, en la pregunta 967:

¿En qué consiste la dicha de los Espíritus buenos?

- En conocer todas las cosas. En no tener odio ni celos, envidia ni ambición, ni ninguna de las pasiones que labran la infelicidad de los hombres. El amor que les une es para ellos fuente de una ventura suprema. No experimentan las necesidades, padecimientos ni angustias del vivir material. Son dichosos por el bien que realizan.